



CLASSICI CONTRO

COMMENTI

3.2



¿DÓNDE ESTÁ PERSEO? O SOBRE EL MAL USO DEL TÉRMINO 'MITO'

PILAR GÓMEZ
Universitat de Barcelona

Un elemento distintivo de la cultura griega antigua es el mito. Al intentar explicar quiénes fueron los griegos y cómo se constituyó su legado literario, filosófico o científico, se intentó rastrear una evolución en virtud de la cual los griegos habrían pasado *del mito al logos*, como si ambos términos fueran antagónicos o sincrónicamente incompatibles. Nada más lejos de la realidad, pues jamás el mito ni los mitos abandonaron la antigua Grecia.

El mito contribuye a la construcción del imaginario colectivo, lo cohesiona; pero nunca el mito es, en la antigüedad griega, una carencia, ni merece ser considerado como algo 'irracional': no pretende suplir el intelecto, sino más bien ser siempre un fiel acompañante suyo. ¿Cómo podríamos justificar, entonces, que el mismísimo Platón recurra en su exposición filosófica también al mito?

Además, se comprende fácilmente que el mito cabe en la esfera del raciocinio, cuando nos fijamos en su etimología: mito (*mythos*) tiene que ver con la facultad – ésta sí sólo humana – de expresarse mediante palabras, de hablar; ese es el significado de *mytheomai* en griego. Un mito, pues, existe en la medida en que es contado. Así, los mitos griegos pueden ofrecer variantes según el lugar, la época, las circunstancias en que hayan sido narrados – entendiendo aquí narración en un sentido amplio que abarca el discurso oral y el relato escrito, la poesía y la prosa. De este modo, el mito griego sería sólo una manera de explicar algo; un instrumento, un medio; no un fin en sí mismo.

Hay mitos cosmogónicos, de creación, de muerte, de inmortalidad, de engaño, fundacionales, de amor... Sin embargo, los griegos siempre identificaron el mito – fruto y expresión del imaginario colectivo – con un relato tradicional de hechos de otros tiempos, protagonizados por dioses o héroes, que justifica cómo son las

cosas, por qué son como son. Asimismo, uno de los valores inherentes al mito griego es su perdurabilidad, pues, a pesar de las distintas versiones que ese relato tradicional pueda adoptar, en él debe permanecer siempre una fuerza simbólica y representativa que permita la posibilidad de nuevas lecturas, de otras interpretaciones en la clave de cada nuevo lector, de cada generación.

No obstante, esa condición del relato mítico, del mito, se ve empobrecida cuando el substantivo común ‘mito’ se aplica hoy en demasía – a veces incluso con excesiva frivolidad – a algo trivial o a algunos héroes efímeros. Tal vez esa fugacidad sea una clara señal de nuestro tiempo, pero etiquetar con el apelativo de ‘mito’ a ciertos mitos modernos devalúa la tradición de nuestros clásicos.

Muchos son los ejemplos de esa pervivencia en el espacio y en el tiempo de los mitos griegos. Al contemplar en la Loggia dei Lanzi la esbelta figura de Perseo triunfante mostrando la cabeza de Medusa, aunque desconozcamos el mito, no es difícil imaginar que esa figura y ese gesto personifican una victoria; y, por ende, anuncian y legitiman una nueva edad surgida de ese triunfo. Un mismo simbolismo aún la escultura de Cellini con las infinitas representaciones de Gorgona que nos ha legado la antigüedad clásica, desde el arte griego arcaico a la época romana. ¡Qué fuerza no transmite la espléndida Atenea del templo de los Pisistrátidas luchando, a grandes zancadas, contra los Gigantes envuelta en una égida que es la Gorgona misma como bien delatan sus serpientes! El monstruo vencido aterroriza de nuevo a los adversarios de su vencedor. ¿Cómo explicar, si no es por esa inmortalidad del mito, que aún, casi diez siglos después, el Foro de los Severos, en Leptis Magna, elija unas inquietantes cabezas de Medusa para decorar las albanegas de los arcos del doble pórtico? La Gorgona asusta, petrifica, mata a quien osa mirarla. Fácil es entender la apropiación de este mito por parte del poder a lo largo de la historia.

Para nosotros un mito griego es ese relato que todavía perdura y al que puede recurrirse una y otra vez para volver a plantear el sentido de nuestra propia experiencia, global o particular. ¿Serán así también nuestros nuevos mitos? Éstos, sin duda, merecen la consideración de tales, porque como testimonio de una época, cumplen con el requisito indispensable de ofrecer modelos y reflejar la sociedad de su momento. Pero el mito griego es ante todo relato; un relato, ciertamente, que puede – y de hecho lo es – ser también plasmado en imágenes, que son, a su vez, otra forma de contar y de plasmar en otro registro la narración. Sin embargo, nuestros mitos modernos – mitos, con tanta frecuencia, de consumo – son ante todo solamente imagen, puros iconos, cuya permanencia y eficacia queda precisamente comprometida por carecer de un relato que los sustente. De ahí, su fácil y repentina substitución.

No deberíamos, pues, traicionar a los griegos clásicos con un uso irreflexivo, por parte nuestra, del término ‘mito’ al pretender elevar a esa categoría lo que tal vez sea sólo un renombre momentáneo, cuyo implacable acecho, propio de modernas Gorgonas, invita a preguntarnos ¿dónde está Perseo?

Barcelona, 29 de marzo de 2012